

¿Existe una “Promoción del Cuarenta” en el Cuento Puertorriqueño?

NO pretendo presentar aquí un estudio acabado de los cuentistas de la llamada “promoción del cuarenta”: este trabajo se propone, principalmente, elucidar y bosquejar las corrientes, sobre todo en temática, de los cuentistas puertorriqueños que iniciaron su labor literaria en el período comprendido entre 1940 y 1950. En este estudio hablaré de ocho autores, los que no sólo han sido verdaderos innovadores, sino que han llevado el cuento puertorriqueño a un alto grado de perfección técnica y estética.

El cuento puertorriqueño anterior a la producción de que aquí me ocupo, se puede clasificar dentro del cuadro de costumbres, la leyenda criolla, el cuento romántico, el cuento regionalista, y el cuento popular, es decir el que se transcribe de la tradición oral. Los cuentistas de la promoción del cuarenta, o de “La Edad de Asomante”, como Concha Meléndez prefiere llamarlos, por haberse formado durante el período de fundación de la revista de este nombre, representan, en parte, la continuación y el enriquecimiento de las formas anteriores, pero se destacan en que rebasan los límites del criollismo y del regionalismo, para tocar y ensanchar los linderos de lo universal tanto en forma como en temática.

Han contribuido a este impulso creador e innovador los estudios sobre el tratamiento técnico del cuento como arte, ofrecidos en los últimos veinte años por la Universidad de Puerto Rico; los certámenes literarios llevados a cabo por *El Ateneo Puertorriqueño* y la revista *Asomante* (muchos de la labor de esta generación ha visto la luz, por primera vez, en las páginas de esta revista), y los estudios de Concha Meléndez sobre el cuento. Los miembros de esta generación están casi todos vinculados por una intensa conciencia de lo puertorriqueño como propio; por un intenso anhelo de conservarlo puro y arraigado en sus orígenes. Sobresale,

también, esta generación por haber ensanchado los horizontes geográficos para abarcar al pedazo de Puerto Rico situado en la Isla de Manhattan, y por haber excedido los límites de lo rural para compenetrar lo urbano. La generación del cuarenta, libre de las trabas del regionalismo, ha entrado con verdadero arte en las entrañas del ser humano propiamente dicho (el hombre de carne y hueso), analizando sus pasiones, sus motivos, sus preocupaciones, no sólo en relación con su ambiente, sino también en relación con el universo. De modo que el problema existencial del Hombre sirve de núcleo alrededor del cual se tejen muchos de los cuentos de este grupo; a veces reemplazando, a veces fundiéndose o integrándose a las inquietudes sociales y políticas de la Isla. Tal vez lo más significativo de este grupo de escritores es el esfuerzo consciente por lograr en el mundo de las letras una ubicación auténticamente puertorriqueña. Trabajo arduo, cuando se tienen en cuenta la tradicional dependencia literaria en relación a España, y la penetración política, económica y cultural de los Estados Unidos, que ha tenido lugar en las últimas décadas.

Debido a la influencia decisiva de los cambios políticos ocurridos en Puerto Rico en la década de que me ocupo, los nuevos temas de que el escritor de esta época echa mano, tienen por fuerza que incluir: el fenómeno nacionalista; la industrialización y sus consecuencias sociales, psicológicas y morales; la participación de Puerto Rico en la guerra en Corea; y la creciente emigración de los puertorriqueños a los Estados Unidos. Luego, si a esto se añade el tema del tiempo como problema filosófico, y la soledad existencial del Hombre (hoy muy en boga en las literaturas del mundo), tenemos en resumen la temática de esta generación. Sin embargo, conviene también mencionar otro fenómeno, que aunque no nuevo para el mundo, lo es para el Puerto Rico de este período, me refiero a la emancipación política y social de la mujer; emancipación diseñada, no al estilo español o hispanoamericano, sino al estilo estadounidense, y la que ha sacudido fuertemente la estructura social y cultural establecida, que en esencia se basaba en la tradición del *pater familia*. Si se tiene en cuenta que el paso no fue paulatino, sino más bien revolucionario, se entiende mejor lo vertiginoso del cambio.

Esto puede explicar el por qué la mujer ocupa con frecuencia, en la literatura actual, un lugar prominente como protagonista. Si revisamos cuidadosamente la literatura puertorriqueña anterior a 1940, encontramos que hasta entonces la mujer, como personaje, no había pasado de ocupar un lugar secundario. Aun en los casos en que tenía el papel de protago-

nista, no había alcanzado un verdadero grado de individualidad como creación vigorosa e independiente. Conviene también señalar que, debido quizás al fuerte choque que el matriarcado ha causado en el ambiente puertorriqueño, es que las protagonistas de los escritores de esta generación personifican, muy a menudo, figuras poco halagüeñas. René Marqués nos dice en su "Prólogo" a *Cuentos puertorriqueños de hoy* (Puerto Rico, 1959), que "plausiblemente, algunos de ellos no han logrado aceptar, con tanta docilidad como sus congéneres estadounidenses, el papel de meros proveedores que la matriarca les ha asignado dentro de ese patrón de cultura que es hoy común a ambas sociedades".

Como expuse anteriormente, el cuento anterior a la promoción del cuarenta, siendo en gran escala regionalista y costumbrista, daba un lugar prominente al paisaje, a la escena local y rural, y la que los autores veían con cierto idealismo romántico. De modo que el paisaje contribuía al goce estético y era algo exterior y aparte de los personajes. Los escritores del cuarenta, más torturados por los problemas del hombre en general, y del puertorriqueño en particular, que interesados en la poetización de las bellezas exteriores, ya no se extasían ante lo que ven, sino que lo que ven es el resultado de la deformación que este paisaje sufre, al ser interiorizado por sus protagonistas, que son hombres atormentados por las realidades inmediatas, por la incógnita del más allá y por la incertidumbre de sus destinos antes y después de ese más allá. De manera que el paisaje, así subjetivizado, se convierte en manos de estos escritores en instrumento funcional; de aquí la importancia que dan a la activación de lo inanimado. Y puesto que el lugar de acción es ahora, en su mayoría, la ciudad, la decoración y la escena han cambiado de acuerdo con las nuevas motivaciones.

Al colocar al hombre en sí en el centro de la acción y de la narración, la expresión literaria de este grupo tiene por fuerza que acentuar el desarrollo psicológico. Son ahora los pensamientos, el estado de ánimo de los protagonistas, lo que lleva el peso de la acción. Las fuerzas contra las que el hombre pugna, ya no emanan exclusivamente de su sociedad, como en las literaturas anteriores, sino que brotan de lo más íntimo del propio ser. Los protagonistas de este grupo no sólo se angustian ante las realidades sociales de su ambiente, sino que sus espíritus reflejan las preocupaciones filosóficas que atormentan al hombre pensante del siglo xx.

Las observaciones antes hechas me llevan a señalar el pesimismo de que está saturada la literatura de este grupo. Este pesimismo, desde luego, no es exclusivo del cuento puertorriqueño. Es en parte contagio

del pesimismo universal, pero en gran parte nace del análisis de las circunstancias sociales, políticas y cósmicas en que los cuentistas de este grupo ven sumergido a Puerto Rico. En cuanto al estilo y la técnica, el escritor de esta generación, al adentrarse y hurgar en lo más íntimo de la conciencia de sus personajes, se vale para su expresión, en gran parte, de vocablos y medios estilísticos que estimulan la percepción sensorial e intelectual, haciendo así del lector un colaborador activo en el desarrollo de la trama; en la creación y caracterización de los personajes, y en la expresión de ideas.

En general, se pueden notar dos corrientes estilísticas. Una se caracteriza por su laconismo: desnudez literaria, economía de palabras, sencillez extremada. La otra se vale del desbordamiento en la expresión: oraciones extensísimas; violación intencional de la sintaxis; falta de puntuación o uso singular de ella. Ambos estilos tienen como propósito el de crear determinados estados de ánimo, tanto en el protagonista como en el lector. En el campo de la técnica, quizá la aportación más importante de los escritores de esta generación a la literatura puertorriqueña, ha sido el uso extenso del "monólogo interior" o "fluir de la conciencia".

Los autores que, a mi juicio, son representativos de la cuentística antes descrita, son los que a continuación enumeraré. Esto no quiere decir, desde luego, que no existan otros cuentistas de mérito en el Puerto Rico de 1940 a 1950, pero en este estudio sólo me he ocupado de los que considero verdaderos innovadores y pioneros del género en Puerto Rico. Comenzaré la enumeración con ABELARDO DÍAZ ALFARO (n. 1919), quien es, hasta cierto punto, el escritor de esta generación que sirve de enlace entre la generación anterior y la suya. Su libro *Terrazo* (1947) conserva, en muchos aspectos, características de los cuentistas anteriores. Los temas se tejen alrededor de la protesta del jíbaro, o campesino puertorriqueño. La acción se desarrolla en un ambiente rural, y el autor no pierde la ocasión de poetizar el paisaje y la naturaleza puertorriqueña, de modo que el enfoque resulta costumbrista. Sin embargo, en Díaz Alfaro vemos ya ciertos rasgos estilísticos que acusan un grado más alto de madurez en el género; tales como el uso agudo y hábil del adjetivo; la belleza estética de la metáfora y lo pintoresco y original de las imágenes. La influencia de los Estados Unidos en la nación y en el alma puertorriqueña, constituye su primordial motivación. Y es esto, quizá, lo que más lo vincula con la generación de 1940. Como ha dicho Mariano Picón Salas, en la introducción a la sexta edición de *Terrazo* (Puerto Rico, 1957), Díaz Alfaro nos da en sus cuentos el hombre de tierra

adentro, el que conversa con los pastos del monte y sabe leer el profundo lenguaje de las estrellas y de las nubes. Díaz Alfaro logra, por medio de la síntesis metafórica, darnos en grandes pinceladas todo el color del paisaje de esa tierra adentro, y establecer un vínculo inquebrantable entre la tierra y el hombre. Díaz Alfaro, al interpretar el alma de su pueblo, nos da el Puerto Rico que yace más allá de las luces de San Juan. El Puerto Rico de sus cuentos es el del jíbaro, que vive olvidado y maltratado en los bohíos que pueblan las lomas y la tierra adentro. La pluma poética de Díaz Alfaro transfigura los dolorosos sufrimientos jíbaros en plasmaciones estéticas de inolvidable lirismo. "El Josco" es, sin duda, el cuento más excelente de su colección. Con él Díaz Alfaro aporta a la literatura puertorriqueña el uso de animales como símbolos de conflictos y valores humanos. En "El Josco", viejo toro puertorriqueño, derrotado por un arrogante toro norteamericano, el autor simboliza al hombre puertorriqueño, perseguido y acribillado por fuerzas extrañas y desintegradoras, que lo llevan a la autodestrucción.

Enumerando cronológicamente, de acuerdo con las fechas de nacimiento, los otros autores de quienes en este estudio me intereso son los que a continuación presento: RENÉ MARQUÉS (n. 1919) es, sin duda, la figura más sobresaliente en las letras del Puerto Rico del siglo XX, sobre todo en lo que toca al teatro y al cuento. Su prosa es madura y rica en el vocablo y en la expresión. El símbolo que puebla sus cuentos es preciso y bien tallado. Es el único autor de esta generación que corre la gama de lo rural y lo urbano y, en ambos casos, sabe cuajar bien sus imágenes y darles autenticidad, ya sea que se enfrenten con sus "circunstancias" en las lomas de Puerto Rico, o en las calles de San Juan o de Nueva York. Marqués apoya su temática en los acontecimientos sociales, económicos y políticos de la vida puertorriqueña, para crear del conflicto diario e inmediato, cuentos que son la expresión, en primer término, de la lucha y de los anhelos de un pueblo por obtener su soberanía y por mantener sus tradiciones culturales. En segundo término, son la expresión del grito de angustia del hombre, en lucha por defenderse de un tiempo y de un destino esclavizadores; en lucha por conservar sus creencias eternas contra la marea de objetividades científicas; en busca del significado de su existir, y en busca de la solución de la incógnita de qué yace más allá de la muerte. La actitud de Marqués en sus cuentos es de reafirmación de lo propio y, por extensión, de reafirmación del hombre. En general, sus cuentos son agrios y sombríos, como las realidades que trata de captar; con un leve tinte de ironía y saturados de pesimismo.

Sin embargo, no es el pesimismo aniquilador que destruye toda esperanza, sino un pesimismo activo que busca la solución en exponer, en desenmascarar, y espera encontrarla. El mundo de los cuentos de Marqués es tan sórdido como sublime; tan lleno de vida como impasible a la vida misma y a los dolores del hombre. Sus protagonistas viven una vida de lucha, de desafío, torturados y oprimidos por su mundo inmediato y por la incertidumbre del más allá. Son hombres que se baten palmo a palmo física y espiritualmente, con la esperanza de conservar íntegro su "yo". Marqués es quizá el cuentista puertorriqueño más adiestrado en el uso de las formas subjetivas de narrar, tales como la incrustación de escenas retrospectivas o montaje, y el uso del "monólogo interior" o "fluir de la conciencia".

La labor cuentística de EDWIN FIGUEROA (n. 1925) se encuentra aún dispersa en diarios y revistas. El autor prepara para la prensa su primer volumen de cuentos, el cual se ha anunciado con el título de *El aguinaldo negro y otros cuentos*. Su cuento "El aguinaldo negro" obtuvo el primer premio otorgado por el *Ateneo Puertorriqueño* en el certamen de 1953. Es éste un cuento excelente, tanto por la maestría y la fineza en el manejo de las emociones, que alcanzan un lirismo vibrante, como por el dominio y equilibrio de la técnica y el estilo. Figueroa es un escritor extremadamente consciente del uso de la lengua; sus vocablos están no sólo hábilmente, sino correcta y amorosamente escogidos. Su prosa es refinada y minuciosamente pulida. Otro de los mejores de sus cuentos es "Lolo Manco". En este cuento Figueroa presenta el doloroso caso del campesino malamente adaptado a la vida urbana. Al fin del relato la máquina urbana le mutila en lo que es simbólico de su poder de vivir de y sobre la tierra: el brazo.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ (n. 1926) es el autor del bellísimo y lírico cuento "En el fondo del caño hay un negrito". La cuentística de este autor muestra tres etapas claramente definidas. La primera, caracterizada por su volumen *En la sombra* (1943), es la etapa de protesta social. Por las páginas de estos cuentos desfilan sus vidas miserables los peones puertorriqueños, eternamente avasallados y despojados por los colonizadores americanos. En su segundo libro, *Cinco cuentos de sangre* (1945), aunque se mantiene siempre dentro del plano rural, logra manejar las emociones más sutilmente, la tesis es menos punzante y la situación alcanza una realidad más cotidiana. Al aislar temas y asuntos, depura su estilo y logra, aunque no completamente, mantenerse al margen de la protesta acalorada. En su tercer volumen, *El hombre en la calle* (1948),

José Luis González se aparta de lo rural para entrar de lleno en lo urbano, ya sea en los barrios puertorriqueños en Nueva York o en la Isla misma. En este volumen el autor trasplanta su escenario a la calle desnuda. El laconismo se hace más intenso, parece crecer con la severidad de los temas que se abordan, con el patetismo de las situaciones que se pintan. Los protagonistas son hombres sin amparo, desnudos en alma y en cuerpo. Figuras que se baten contra la adversidad social, contra un mundo cruel, brutal e injusto. Son el "hombre en la calle", en su dolorosa y violenta lucha por hacerse una vida decente. Los cuentos de este volumen están mucho más artísticamente concebidos que los anteriores. El autor ha alcanzado cierta destreza en el manejo, uso y selección del detalle, de modo que sus cuentos, siempre cortos, resultan bien proporcionados y equilibrados. El estilo es desnudo y eficaz. La economía verbal incita la participación emocional del lector. Economía es, en realidad, la palabra clave de la obra de José Luis González. La frase de este autor es certera, reveladora y sumamente breve. Este ahorro se extiende aún al campo de la acción y del análisis psicológico. Sus personajes se nos revelan en un solo gesto, en un solo hecho. La solución es casi siempre súbita, y siempre dramática.

JOSÉ LUIS VIVAS MALDONADO (n. 1926) publicó en 1955 su volumen de cuentos *Luces en sombra*, del que forman parte los cuentos "El fósforo quemado" y el "Interludio", y los que representan un eficaz manejo de las técnicas estilísticas de narrar. En "Interludio" tenemos un ejemplo excelente de la simbolización de la realidad puertorriqueña, como la ve el autor, trasplantada al plano psicológico del hombre actual de Puerto Rico. En este cuento un hombre que ha perdido el poder de la comunicación con otros seres, lo encuentra con la ayuda del niño que a diario visita el crematorio que el hombre atiende, pero únicamente para volver a perder este don cuando el niño, camino a la visita diaria, perece arrollado bajo las ruedas de "una sombra amarilla y fugaz". El cuento es tan patético y elocuente, como lírico y punzante. En cuanto a técnica, Vivas Maldonado ha incorporado en sus escritos, y con bastante destreza, las nuevas técnicas narrativas y analíticas, introducidas en la Isla durante este período.

SALVADOR M. DE JESÚS (n. 1927) extrae sus temas de su mundo inmediato, el pequeño pueblo de Cataño, barrio rural de Bayamón, donde el autor vio la luz en octubre de 1927. Sus cuentos, hasta ahora dispersos en antologías, revistas y periódicos, giran alrededor de este pueblecito que languidece social y económicamente, mientras que la capital de la Isla

hace ostentaciones de "progreso". Los protagonistas de sus relatos son puertorriqueños moral o económicamente extenuados (o ambos); dolientes figuras que arrastran sus frustraciones en el sombrío y sórdido ambiente de Cataño.

PEDRO JUAN SOTO (n. 1928) es tal vez, estilísticamente hablando, el escritor de esta generación que más se ha cuidado de cultivar la desnudez literaria y el laconismo extremo, eliminando de sus cuentos no sólo lo innecesario y superfluo, sino todo adjetivo o vocablo que puedan transmitir sentimientos poéticos o tiernos. Sus temas son, en general, brutales y escuetos, hasta el punto de dar la impresión de criterios estéticos razonados. En su libro *Spiks* (1957), Soto publica sus "Miniaturas", esbozos de cuentos, en los que lo más sobresaliente es la rigurosa síntesis de los elementos de la oración, hasta tal punto que cada palabra hace sentir su peso con una fuerza abrumadora. Este laconismo estricto les da cierto subsuelo lírico (el que el autor niega, por supuesto), en que la imagen está tan cuajada que parece hecha en relieve. La temática de Soto se centraliza alrededor del puertorriqueño en la ciudad; en su mayoría el puertorriqueño en Nueva York. El valor fundamental de Soto estriba en su adherencia a la realidad escueta, en su habilidad para denunciar injusticias sin caer en el sermoneo y en su profundización en lo entrañablemente puertorriqueño, a pesar de sus largas ausencias de la Isla.

EMILIO DÍAZ VALCÁRCCEL (n. 1929) se inició muy joven en el cultivo del cuento. Cuando apenas alcanzaba la mayoría de edad, la guerra en Corea lo llamó a servir en las filas del ejército norteamericano. Su dolorosa experiencia de combatiente le sirvió de fuente de inspiración para los cuentos que aparecen en *El asedio* (México, 1958). Anterior a *El asedio*, en 1955, el autor intentó publicar su primer volumen de cuentos titulado *La sangre inútil*, también basados en sus experiencias en Corea, pero el libro nunca vio la luz y, hasta hoy, permanece inédito. Sin embargo, los cuentos de este libro han aparecido en el diario *El Mundo* y en las páginas de la revista *Asomante*. Los temas que motivan la mayoría de los relatos de Díaz Valcárcel son sórdidos, pero el autor se acerca a ellos con cierto aliento poético que hace que no rayen en el pesimismo amargo. Sin embargo, se evidencia a través de sus páginas el dejo de dolor por la mutilación de cuerpos y almas, resultado de una guerra, no pedida y no comprendida. En técnica y estilo el autor muestra buenas dotes en la observación psicológica, en el uso de las técnicas estilísticas más modernas, y en el manejo del vocablo. Su mejor cuento es, quizá,

"El sapo en el espejo". En este cuento el autor plantea y desarrolla el problema del veterano mutilado: el hombre que la guerra hizo sapo.

No sería justo terminar aquí sin decir que hay otros nombres que merecen mención, entre ellos ESTHER FELICIANO, pero en este estudio me he ocupado de los más representativos del género y los que le han dado mayor auge tanto en el sentido de la temática, como en el de la técnica y del estilo. En conclusión, la cuentística puertorriqueña muestra en su desarrollo una generación claramente definida de escritores que han hecho labor cuentística en la década de 1940 a 1950. Las aportaciones hechas por estos escritores a los campos de la temática, la técnica y el estilo, más las afinidades y las innovaciones indicadas en la introducción a este trabajo, justifican el que se les agrupe y se les estudie como generación dentro de las letras puertorriqueñas.

BIBLIOGRAFÍA

- Antología de Cuentos Puertorriqueños*. Editor Paul J. Cook, Godfrey, Illinois, 1956.
- Cabrera, Francisco Manrique. *Historia de la literatura puertorriqueña*. New York, 1956.
- Cuentos puertorriqueños de hoy*. "Prólogo, selección y notas" de René Marqués, Club del Libro de Puerto Rico, México, 1958.
- Díaz Alfaro, Abelardo. *Terrazo*. "Prólogo" de Mariano Picón Salas, Imprenta Venezuela, Puerto Rico, 1957.
- Díaz Valcárcel, Emilio. *El asedio y otros cuentos*. Ediciones Arrecife, México, 1958.
- . "Los héroes", *Asomante*, XIV, 1 (enero-marzo, 1958), 59-62.
- . "El soldado Damián Sánchez", *Asomante*, XII, 3 (julio-setiembre, 1956), 25-29.
- González, José Luis. *Cinco cuentos de sangre*. Imprenta Venezuela, Puerto Rico, 1945.
- . *En este lado*. Los Presentes, México, 1954.
- . *El hombre en la calle*. Editorial Bohique, Puerto Rico, 1948.
- . *En la sombra*. Imprenta Venezuela, Puerto Rico, 1943.
- . "Santa Claus visitó a Piricho Sánchez", *Asomante*, XII, 3 (julio-setiembre, 1956), 45-55.

- Marqués, René. *En una ciudad llamada San Juan*. Imprenta de la Universidad de México, México, 1960.
- . *Otro día nuestro*. "Prólogo" de Concha Meléndez, Imprenta Venezuela, Puerto Rico, 1955.
- . "La sala", *Asomante*, I (1959), 7-13.
- . "Purificación en la calle de Cristo", *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, II, 1 (octubre-diciembre, 1958), 24-31.
- . "Tres hombres junto al río", *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, II, 4 (julio-setiembre, 1959), 15-19.
- Meléndez, Concha. *Antología de autores puertorriqueños. El cuento*, III. Ediciones del Gobierno, Puerto Rico, 1957.
- . "El cuento en la edad de *Asomante: 1945-1955*", *Asomante*, I, 1 (enero-marzo, 1955), 39-68.
- . *Figuración de Puerto Rico y otros estudios*. Instituto de Cultura Puertorriqueña, Puerto Rico, 1958.
- Menton, Seymour. "La generación puertorriqueña del cuarenta", *Hispania*, XLIV, 2 (May, 1961), 209-211.
- Rivera de Alvarez, Josefina. *Diccionario de la literatura puertorriqueña*. Editorial La Torre, Universidad de Puerto Rico, 1955.
- Soto, Pedro Juan. *Spiks*. Los Presentes, México, 1956.
- Vivas Maldonado, José Luis. *Luces en sombra*. Editorial Yaurel, Puerto Rico, 1955.

BETTY RITA GÓMEZ LANCE

Kalamazoo College.